

Hojas de antropología social

Nuevas tendencias en los principales países de Europa Occidental

Alemania

POR
DIETER GOETZE

I

La descripción de tendencias hay que emplazarla en un enfoque histórico. En primer lugar, hay que tener en cuenta que no existe en la RFA un consenso sobre la simple denominación de la ciencia, porque la relativa homogeneidad que se daba hasta la segunda guerra mundial, se ha ido diluyendo paulatinamente. Hasta entonces existía algo así como una perspectiva común bajo el título de la llamada *Völkerkunde* o ciencia de los pueblos. Esto implicaba siempre la investigación de pueblos y culturas extraeuropeas, preferentemente sin conocimiento o uso de sistemas de escritura, con tradicionales orales. El interés de la *Völkerkunde* siempre fue preferentemente histórico, es decir: se intentaba reconstruir el pasado de estas culturas y las interconexiones entre sus trayectorias. Este interés data, por lo menos, de fines del siglo pasado y basta con recordar a los grandes nombres de F. Ratzel, A. Bastian, P. W. Schmidt, Bernatzky, Baumann, Frobenius, etc., para demostrar la perspectiva fundamentalmente diacrónica de la *Völkerkunde*. Igualmente, los grandes esquemas teóricos, bien sea a nivel regional, bien sea a escala global, se han regido por criterios histórico-culturales, reflejados en múltiples intentos de delimitar áreas de similitud cultural y sus recíprocas influencias y diferentes vías de desarrollo.

R. Thurnwald en Berlín, en los años treinta y cuarenta, intentó dar una orientación sociológica a la disciplina, apoyándose en teoremas e intereses funcionalistas de su época. Thurnwald tuvo poco éxito en su intento, pero contribuyó a la ruptura del consenso terminológico en la *Völkerkunde* alemana, que se manifestó en la posguerra, al acuñar el término de *Ethnosozologie* (etnosociología) para su perspectiva. Ello tuvo importantes implicaciones teóricas, principalmente en el sentido de que empezó a notarse la falta de una recepción del desarrollo teórico-metodológico que estaba perfilándose en los centros europeos y americanos de la disciplina.

Por otro lado, ya desde la época del romanticismo literario-cultural, en Alemania se había ido estableciendo al lado de la *Völkerkunde* la *Volkskunde* o ciencia del pueblo. Sus inspiradores fueron, entre otros, los hermanos Grimm, conocidos compiladores de tradiciones populares alemanas y, también, editores del primer gran diccionario de la lengua alemana. La amplitud de su empeño y de su obra sólo puede comprenderse ante el trasfondo de la tardía unificación política de Alemania, que encontró su correlación en un gran intento de crear, por contrapartida, algo así como una tradición del pueblo germano generalizada que podría servir como elemento de legitimación nacional a nivel cultural. La *Volkskunde* igualmente se caracterizó durante mucho tiempo por una perspectiva predominantemente histórica y su interés primordial fue la recuperación de usos, costumbres y elementos materiales populares amenazados por el olvido a causa de las transformaciones modernizantes del cambio político-económico. Sólo muy recientemente la *Volkskunde* ha ido asimilando perspectivas de las ciencias sociales, experimentando así una profunda transformación frente a sus pautas clásicas. Mientras la *Völkerkunde* se acomodó a la ideología nacionalsocialista solamente en algunos casos particulares, la *Volkskunde* se dejó instrumentalizar casi por completo por los intentos nazi de demostrar la unidad cultural y la superioridad de los pueblos germánicos. Ambas disciplinas salieron bastante mal paradas de la época nazi: la *Volkskunde* ampliamente desacreditada a nivel político y científico, y la *Völkerkunde* descolgada casi por completo del desarrollo científico que había tenido lugar mientras tanto en el extranjero dado el aislamiento al que se vio sometida necesariamente.

En la posguerra, el nombre de *Völkerkunde* quedó relegado a ser una etiqueta para la designación de museos antropológicos, mientras en los centros docentes y universitarios este término se sustituyó por *Ethnologie* (etnología) en la RFA, y —siguiendo el modelo soviético— por *Ethnographie* (etnografía) en la RDA, para designar a una ciencia que abarca tanto la descripción de las culturas a investigar, como también su análisis y la comparación intercultural. Posteriormente, en un afán de imitación de trayectorias extranjeras, en la RFA también se intentó algo que se denominó Antropología, pero que no se consiguió definir claramente en su contenido ni en sus diferencias teóricas. Nos encontramos consiguientemente tanto con una «antropología social», como con una «antropología cultural», en un intento de acoplarse a los modelos británicos y americanos, respectivamente (Mühlmann/Müller, 1966). Faltaba, sin embargo, una clara idea sobre la confusión que así se estaba creando, ya que en Alemania existían por lo menos otras tres antropologías establecidas y con sus tradiciones propias: la antropología física, la antropología psicológica y la antropología filosófica. Igualmente, se ignoró el hecho de que tampoco la antropología americana jamás estuvo en condiciones de establecer realmente la unidad programática de una antropología humana total que abarcara todas las facetas bajo un común techo teórico. Por todo ello, estos intentos no cuajaron, y en

la actualidad se pueden identificar dos tendencias: una que distingue entre *etnografía* (como simple descripción) y *etnología* (como análisis teórico), y otra que simplemente prefiere hablar de *etnología* (como sinónimo de *Völkerkunde*) y con ello se refiere a una ciencia sistemática de la comparación de culturas y, en interdependencia e interrelación con ella, también a etnologías regionales de las diferentes áreas.

II

Ciertamente, los nombres que se dan a una ciencia no son lo más importante. Sin embargo, en este caso, estos problemas de denominación de la antropología social en Alemania son un buen reflejo de las dificultades específicas de esta disciplina, que ha sufrido en la posguerra de un gran retraso teórico y en las dos últimas décadas ha atravesado por una profunda crisis de identidad. Esta grave crisis no es otra cosa que la tardía reacción frente a la esterilidad y el estancamiento teórico de la fase anterior. Esta esterilidad de la etnología —como de ahora en adelante, para evitar confusiones, llamaré a la antropología social— se rompió en una gran confusión propiciada por el movimiento universitario de 1968. Este movimiento propugnó precisamente el reacoplamiento de la etnología alemana a las grandes corrientes teóricas del extranjero, especialmente en Francia y Gran Bretaña e, igualmente, protestaba contra la indiferencia de la etnología frente al horizonte de problemas práctico-políticos a los que se veían afrontados los pueblos nativos del Tercer Mundo. Desde la base un innegable tercermundismo incipiente amenazaba entonces con sofocar los comienzos de una intensa discusión teórica. Consecuencia de este movimiento fueron los cambios en la situación social y académica de la etnología por un lado y, por el otro, reorientaciones teóricas que van acompañadas por implicaciones políticas.

La situación de la etnología alemana está marcada en los últimos diez años por un creciente interés público y por un agudo cambio de posición dentro del mundo científico. El interés público no parte, desde luego, de una clara noción del contenido e intereses de la etnología, sino que se orienta hacia una disciplina de la cual muchos estudiantes, como también parte del público general, esperan contestaciones a cuestiones abiertas por un cambio sociocultural en la sociedad propia y que se expresan en primer lugar como una búsqueda de alternativas de vida y de formas de ser, ante la expansión de las estructuras creadas por una racionalidad modernista y una inexorable presión hacia la conformidad y uniformidad ejercidas por las grandes instituciones políticas, económicas y sociales.

Este desarrollo cogió a la etnología bastante sorpresivamente y la encontró poco preparada para su asimilación. Es más: tanto la

negligencia estatal por lo que respecta a los medios puestos a disposición, como el carácter preferentemente burocrático de las reformas universitarias de los años setenta, contribuyeron a dejarla bastante desamparada frente a esta nueva situación. Entre 1976 y 1984, el número de estudiantes de etnología se multiplicó por ocho (pasando de 2.000 a más de 8.000), mientras en el mismo período de tiempo el personal docente (profesores y personas con cualificación similar) sólo aumentó de 19 a 50 personas. Mientras tanto, el escalafón intermedio de asistentes y colaboradores científicos con contratos temporales disminuyó de 50 a 27 personas. También influyó el momento en que las ciencias sociales de moda y tradiciones propias, como la sociología y la psicología, estuvieron abarrotadas de estudiantes, imponiéndose para ellas límites de matriculación. Para muchos estudiantes de las humanidades, la etnología empezó a ejercer un especial atractivo como una ciencia exótica y todo ello contribuyó a convertir a la etnología, involuntariamente, en una especie de instancia moral, que funcionaba como punto de enfoque para toda una serie de corrientes ilustradas y críticas frente a los logros de la civilización occidental, enfrentándose al mismo tiempo a una singular politización y burocratización de la universidad alemana en general, sin precedentes hasta entonces.

Consecuencia de todo ello fue una crisis de legitimidad bastante aguda de la etnología, ya que su atractivo en cierto modo se basa en una ilusión: se le imputa un cierto aire de espontaneidad, de subjetividad y una especial dimensión humana que rebasa ampliamente sus posibilidades reales. En efecto, se halla en búsqueda de una sensibilidad y comprensión para los valores ajenos y diferenciados, pero también propugna necesariamente una sobriedad científica y la consiguiente austeridad tiene un efecto de desilusión muy intenso. Los profesionales, sin embargo, no han sabido todavía responder adecuadamente, ya que sigue predominando el investigador solitario y casi incomunicado, mientras que la asociación profesional no ha cobrado la necesaria efectividad.

Frente a las otras ciencias existe un cierto aislacionismo, al cual contribuye también la relativa falta de una clara definición de la etnología, ya relatada en conexión con el problema de su denominación. Así, por ejemplo, le falta una diferenciación entre estudios del pasado y del presente, especialmente con vistas a fenómenos actuales del cambio sociocultural, y teniendo en cuenta el relativo predominio de una «etnología histórica», mientras igualmente se registran ciertas convergencias hacia la *Volkskunde*, hacia una etnología europea (Nixdorff, 1983) y una sociología/etnología de países en vía de desarrollo. Por el otro lado existen múltiples interconexiones con disciplinas históricas de una similar especialización regional extraeuropea (americanística, africanística, indología, etc.), con la geografía y la etnolingüística. Sin embargo, la muy perceptible distancia de otras ciencias sociales es artificial y sólo se explica con una presumida incompatibilidad entre una ciencia empírica por un lado y un programa principalmente

orientado hacia un *Verstehen* de carácter histórico-cultural por el otro. Al mismo tiempo, la internacionalización de la etnología alemana es todavía muy deficiente, ya que los intentos productivos de acercarse al nivel de investigación angloamericano todavía están muy individualizados.

En el quehacer práctico, la etnología alemana está representada en 15 universidades de la RFA con 16 instituciones autónomas (institutos, seminarios, algunas veces muy pequeños) y gran desigualdad de recursos personales y materiales. Los más importantes son Berlín, con cerca de 1.400 estudiantes, pero precaria situación docente, Munich, Gotinga, Colonia, Maguncia y los lugares tradicionales como Francfort, Hamburgo, Heidelberg, así como las fundaciones nuevas de Tréveris y Bayreuth. Las diferencias quedan reflejadas a nivel de la cualificación, donde no existe prácticamente una armonización de las condiciones de formación profesional, igual como se echa de menos una ordenación general de estudios. Todo ello lleva a bajas cuotas de éxito y un alto promedio de edad al terminar la carrera.

III

Uno de los más llamativos aspectos del desarrollo en la etnología alemana es la creciente duración de la estancia media en el campo, en trabajos de investigación. La clásica estancia de un año, para cubrir todo un ciclo agrario por ejemplo, ha ido aumentando paulatinamente en la medida en la que el estudio monográfico ha perdido la importancia, dando lugar a la investigación de cuestiones más específicas. Una de las más importantes implicaciones es una reflexión más profundizada sobre el proceder adecuado en la observación participante y lo que se puede o debe conseguir con ella. Ha llevado a una perspectiva que abarca por lo menos tres aspectos: Una crítica de la ya conocida polarización entre modelos émicos y modelos éticos. Una renovación del procedimiento de observación y el papel del informante. Un debate sobre la relación entre la racionalidad científica y la supuesta irracionalidad no-científica de las culturas extraoccidentales (Müller/König, 1984).

La crítica de la polarización entre *emics* y *etics* ha evidenciado que también el reconocimiento de la validez de modelos émicos ha quedado supeditado al predominante interés antropológico de querer ordenar tanto el mundo real como el mundo de las ideas. Esta búsqueda de principios de ordenamiento (ya apuntada durante el siglo XIX en la noción de las ideas fundamentales, *Elementargedanken*) que intentó descubrir A. Bastian, siguió vigente en la escuela estructuralista moderna, en la sociología de E. Durkheim, continuada por M. Mauss en la antropología y retomada por C. Lévi-Strauss. En estos conceptos no existe ni el nativo ni el antropólogo y sus respectivas subjetividades

son negadas en un afán de abstracción que se nutre del miedo a aceptar la validez de una pluralidad de puntos de vista.

El debate crítico se dirige, por tanto, por un lado contra la distancia establecida entre la actividad científica del investigador y su papel social; por el otro lado, contra la mera utilización del informante como fuente de datos que por sí solos no tienen validez si no son sometidos a procedimientos de interpretación y objetivización. Se supone, pues, que en gran parte estas dificultades se nutren del miedo a la participación real, a la contaminación por momentos subjetivos, de los cuales se opina que ejercen su influencia subconsciente a través de una larga participación en otra cultura. La renovación consiste en aprender a aceptar la aproximación a lo extraño y ajeno, hacerlo más comprensible para alcanzar la posición de un participante real: un simpático o, simplemente, un amigo.

La normalización de la presencia del antropólogo con el fin de capacitarle para una percepción de la vida y del pensar «del otro» en su entorno natural es una meta tan legítima como la meta clásica: aceptar las normas científicas de análisis y comunicación de resultados. Aquí las recientes reflexiones etnológicas recurren a temas que en la sociología, por ejemplo, ya llevan algún tiempo discutiéndose. No sólo se observa un reacoplamiento a las discusiones que se han desarrollado en torno a la crítica del racionalismo científico y positivista (ideas de P. Feyerabend y críticas de la metodología Popperiana), sino que también se registra como objetivo un retorno a lo que M. Weber en su tiempo caracterizó como *Sinnverstehen*, es decir, la comprensión del mundo ajeno dentro de las relaciones e implicaciones que tienen significado para él y no sólo su simple reproducción.

Está completamente dentro de esta línea la comprensión metodológica de la fenomenología, apoyándose preferentemente en E. Husserl y su idea de la «suspensión temporal» de la vida cotidiana y también científica por parte del investigador para estar en mejores condiciones de abrirse a la experiencia nueva y extraña. En cierto sentido observamos, pues, una reinterpretación del antiguo ideal antropológico de la emancipación por vía de la ilustración, sólo que ahora esta concepción se ve ampliada en el sentido de que solamente una persona emancipada también del lastre que suponen las categorías normativas de su propia cultura (incluyendo las normativas de estricta objetividad) podrá estar en condiciones de penetrar realmente en un horizonte sociocultural ajeno. Emancipación cobra, por tanto, un sentido mucho más amplio y menos unidireccional.

Amplia ha sido en los últimos años la discusión sobre una nueva reflexión de las relaciones entre el ideal de la racionalidad científica y la irracionalidad, al criticar el supuesto de la supremacía de la racionalidad científica como una racionalidad *par excellence*. No sólo se trata de una continuación del debate sobre la justificación del relativismo cultural, sino que la temática entra de lleno también en el

problema de los criterios adecuados para la construcción y el significado de teorías.

Todo ello indica que la etnología alemana, por lo menos en parte, ha cobrado conciencia de su posible relieve político y de la necesidad de asumir posiciones en un mundo que cada vez se ofrece menos para explicaciones simplificadoras. Esto queda también reflejado en las discusiones que han surgido en torno a la etnología económica, que ha cobrado gran vitalidad tomando ideas de la antropología marxista (esp. francesa) sobre los modos de producción. Así se ha llegado a redescubrir la producción de subsistencia, como una producción que se orienta en las necesidades propias y se realiza para el propio uso de los productos. Se diferencia así de la producción de mercancías por un lado, y de la producción tributaria por el otro. Esta producción de subsistencia es la característica situación de muchos sectores populares en países del Tercer Mundo, y la etnología alemana ha empezado a investigarla en una serie de contextos en Africa, Asia del Sureste y Latinoamérica, con proyectos orientados específicamente hacia esta cuestión. Aquí también se ha dado un cierto grado de cooperación con la sociología del desarrollo.

Por el otro lado, su posible aportación a una *antropología aplicada* siempre ha quedado muy limitada, por varias razones. Ha habido masivas reticencias por parte de la etnología misma de dejarse incorporar dentro de un proyecto político, en el cual el uso de los datos e interpretaciones queda necesariamente fuera del control científico. La etnología no ha querido responsabilizarse de reducir la multiplicidad de hechos socioculturales a unos pocos «indicadores», fácilmente manejables como instrumentos de planificación e intervención práctica. Por lo general, ha preferido mantenerse en un papel de observadora crítica y distanciada, frente a una burocracia ministerial del desarrollo que muy frecuentemente no está en condiciones de tomar realmente en cuenta los bien fundados argumentos de la etnología.

Es curioso y a la vez también sintomático observar que tales debates y reflexiones de importancia clave se desarrollan más bien en las áreas periféricas de la etnología, mientras que la rutina académica sigue frecuentemente centrada en temas histórico-culturales. En esos debates y reflexiones no sólo participan etnólogos, sino también sociólogos y filósofos en plan de igualdad y por ello resultan ser de especial interés y prometen ser fructíferos en un futuro próximo. Mientras tanto, la etnología académica apenas ha estado en condiciones de reunir un buen libro de texto introductorio a la disciplina y sigue recomendando a los estudiantes la traducción alemana de un mediocre texto norteamericano.

BIBLIOGRAFIA

- Bausinger, H. y Jeggle, U. et alii. 1978. Grundzüge der Volkskunde-Darmstadt.
Duerr, H. P. 1979. Traumzeit. Frankfurt/M.
Duerr, H. P. (ed.). 1981. Der Wissenschaftler und das Irrationale. Frankfurt/M. (2 t.).
Duerr, H. P. (ed.). 1987. Authentizität und Betrug in der Ethnologie. Frankfurt/M.
Fischer, H. (ed.). 1983. Ethnologie. Eine Einführung. Berlin.
Fischer, H. (ed.). 1985. Feldforschungen. Berlin.
Jeggle, U. 1988. L'ethnologie de l'Allemagne sous le régime nazi. En: *Ethnologie française*.
18/2, 114-119.
Koepping, K.-P. 1973. Das Wagnis des Feldforschers-zwischen Ethnozentrismus und
Entfremdung. En: *Kölner Ethnologische Mitteilungen*, 3. Festschrift für Helmut Petri.
Colonia, 258-270.
Mühlmann, W. E. y E. W. Müller (eds.). 1966. Kulturanthropologie. Colonia.
Müller, E. W. y König, R. et alii (eds.). 1984. Ethnologie als Sozialwissenschaft. Opladen.
Nixdorff, H. (ed.). 1983. Europäische Ethnologie. Berlin.
Rudolph, W. 1973. Ethnologie. Zur Standortbestimmung einer Wissenschaft. Tübingen.
Vivelo, F. 1981. Handbuch der Kulturanthropologie. Stuttgart.

